

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA ALEGRÍA EN LA VIDA CRISTIANA	2
3) LA ALEGRÍA EN EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA: EL SÍMBOLO DEL VINO	3
4) LA ALEGRÍA DEL CANTO NUPCIAL.....	4
5) CONCLUSIÓN.....	5
6) CONCRETANDO	6
7) PRÁCTICA FAMILIAR	6

TEMA 2. *La caridad, el gozo y la fiesta*

1) *Introducción*

Josef Pieper, un filósofo alemán contemporáneo (1904-1997), catedrático de antropología filosófica en la Universidad de Münster, en un breve ensayo titulado *Una teoría de la fiesta* recoge como rótulo introductorio a su obra esta expresión de una homilía de San Juan Crisóstomo: *Ubi caritas gaudet ibi est festivitas* (Donde se alegra el amor ahí está la fiesta). Para el santo obispo de Constantinopla el nexo entre *caritas* (caridad) y *festivitas* (festividad) es, por consiguiente, muy vigoroso. En una homilía de Pentecostés, el mismo San Juan Crisóstomo afirmaba: “Fiesta es alegría y nada más”. Esta relación entre fiesta y alegría, nos permite comprender que la alegría es una manifestación del amor. Quien no ama a nadie no puede alegrarse. Tenemos así lo que podríamos llamar una estructura interna de la fiesta, la intrínseca conexión entre el amor y la alegría. Podemos inferir de esta estructura de la fiesta que el primer lugar de la misma es el matrimonio y la familia como comunidad de vida y amor, tal como afirma el Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes*, n. 48).

Si echamos una mirada al mundo que nos rodea, podemos constatar que el nihilismo actual, o lo que es lo mismo una afirmación del no, de lo negativo, que introduce una mentalidad difusamente pesimista, pone en peligro el significado de la fiesta. Aunque pueda parecer paradójico, nuestro mundo occidental contemporáneo es antifestivo, o quizás más exactamente pseudofestivo. Y es que, como afirma Pieper en su ensayo recordando una expresión de Nietzsche, para tener alegría por algo, se debe aprobar el todo. El fundamento último de toda fiesta es que todo lo que existe es bueno, y es bueno que exista. Se trata de lo que podríamos denominar mirada sacramental al mundo, a la creación como proveniente de un Dios radicalmente bueno. La fe en la Creación nos libera de una fiesta sin motivo último, de celebrar sin saber muy bien qué, pues tampoco en el



fondo importa mucho. Acoger y aceptar la realidad como un todo fundamentalmente positivo es la condición de posibilidad de experimentar la alegría de la fiesta.

Pieper afirma que celebrar una fiesta significa celebrar por un motivo especial y de un modo no cotidiano la afirmación del mundo creado por parte de Dios (“vio Dios que era bueno”) hecha ya una vez y repetida todos los días. Esta expresión contiene la conjugación de una fiesta incesante de modo latente con un motivo singular y un modo extraordinario. Dado que la afirmación del mundo en su conjunto más radical es la glorificación de Dios, la fiesta litúrgica es la forma más acabada de la fiesta.

La fiesta como acontecimiento inunda todos los aspectos y esferas de la vida. La llegada de la primavera, la caída del primer diente, cumpleaños, santos, aniversarios, graduaciones, sacramentos, el nacimiento, la muerte..., la vida humana está llena de celebraciones de diferente índole e importancia.

2) La alegría en la vida cristiana

San Pablo VI, en el año santo jubilar de 1975, escribió una exhortación apostólica firmada el día de Pentecostés bajo el título *Gaudete in Domino*. La concibe como una especie de himno a la alegría divina que el Papa deseaba entonar para que resonase en el mundo entero y ante todo en la Iglesia. El hombre experimenta la alegría cuando se halla en armonía con la naturaleza y sobre todo la experimenta en el encuentro, la participación y la comunión con los demás. Pero al mismo tiempo, ¿cómo no ver a la vez que la alegría es siempre imperfecta, frágil, quebradiza? La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos.

En muchas regiones, y a veces bien cerca de nosotros, el cúmulo de sufrimientos físicos y morales se hace oprimente. Estas miserias toman hoy una dimensión planetaria; son mejor conocidas, al ser difundidas por los medios de comunicación social.

Es necesario un esfuerzo paciente para aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente, ha sido a partir de éstas como Cristo ha anunciado el Reino de los cielos

La alegría cristiana es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado. Tan pronto como Dios Padre empieza a manifestar en la historia el designio amoroso que El había formado en Jesucristo, para realizarlo en la plenitud de los tiempos (cf. *Ef* 1,9-10), esta alegría se anuncia misteriosamente en medio al Pueblo de Dios, aunque su identidad no es todavía desvelada.

Jesucristo ha experimentado en su humanidad todas nuestras alegrías. El, palpablemente, ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas, de esas alegrías sencillas y cotidianas que están al alcance de todos. La profundidad de su vida interior no ha desvirtuado la claridad de su mirada, ni su sensibilidad. Admira los pajarillos del cielo y los lirios del campo. Su mirada abarca en un instante cuanto se ofrecía a la mirada de Dios sobre la creación en el alba de la historia. El exalta de buena gana la alegría del sembrador y del segador; la del hombre que halla un tesoro escondido; la del pastor que encuentra la oveja perdida o de la mujer que halla la dracma; la alegría de los invitados al banquete, la alegría de las bodas; la alegría del padre cuando recibe a su hijo, al retorno de una vida de pródigo; la de la mujer que acaba de dar a luz un niño.

Estas alegrías humanas tienen para Jesús tanta mayor consistencia en cuanto son para él signos de las alegrías espirituales del Reino de Dios: alegría de los hombres que entran en este Reino, vuelven a él o trabajan en él, alegría del Padre que los recibe. Por su parte, el mismo Jesús manifiesta su satisfacción y su ternura, cuando se encuentra con los niños deseosos de acercarse a él, con el joven rico, fiel y con ganas de ser perfecto; con amigos que le abren las puertas de su casa como Marta, María y Lázaro. Los discípulos y todos cuantos creen en Cristo, estén llamados a participar de esta alegría. Jesús quiere que sientan dentro de sí su misma alegría en plenitud. Los santos, en una rica sinfonía, testimonian la infinita riqueza de esta participación de la alegría divina que proviene del Espíritu Santo.

3) *La alegría en el matrimonio y la familia: el símbolo del vino*

Hemos señalado que el matrimonio y la familia son los espacios privilegiados de la fiesta, y por consiguiente de la alegría. En la tradición bíblica, el vino significa naturalmente la alegría del corazón. El libro de Qohelet o Eclesiastés señala al respecto: “El vino les alegra la vida” (Qo 10,19). En la Sagrada Escritura, sin embargo, no se anima a esta alegría de cualquier manera. La sabiduría bíblica sabe que el vino alcanza una potencia superior sobre todo cuando es compartido, cuando existe una razón para beberlo.

El peligro que encierra la bebida es debido fundamentalmente al deseo de sentir el efecto eufórico para colmar un vacío. Es un error querer calmar la sed con el vino, no porque no sirva para hidratar el cuerpo, sino porque su medida no podrá ser nunca la satisfacción. Cuando en lugar de manifestar una plenitud se quiere utilizar el vino como un lenitivo, se transforma en un enemigo brutal del hombre.

Pretender usar la alegría separándola de su verdadera fuente es un grave error. Del mismo modo que lo es buscar por sí mismo el placer que comporta el vino y que hace al corazón sensible a la alegría, fuera de aquello que expresa realmente, a saber, una condisión y comunicación del bien en la celebración de la fiesta. Es un poco como perseguir el espejismo de escapar de la soledad sin necesidad de un amigo, recurriendo al vano intento de procurarse una satisfacción individual en el ámbito de un grupo. Se trata de un procedimiento inútil, pues se crea un vacío mayor que el que se pretende colmar. No se consigue otra cosa que acrecentar la tristeza en la que se hace evidente la profundidad de la propia debilidad de estar solo.



El vino bueno al que se refiere el misterio de las bodas de Caná es el que hace bien al hombre. De este modo se clarifica su valor simbólico, que requiere un ámbito adecuado para ser significativo. El vino es un modo para celebrar el magnífico don gracias al cual el hombre sale de la soledad que el mismo Dios considera nociva (Gn 2,18). El don del amor sponsal mediante el que el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne (Gn 2,24). La plenitud descubierta en el encuentro con la esposa (Gn 2,23) puede ser adecuadamente valorada únicamente con la exultación que el vino provoca.

El gran escritor Fiódor Dostoievski afirma en su novela *Los hermanos Karamazov* que el primer milagro de Jesús...¡qué milagro tan hermoso! se dedicó a la alegría, no al dolor. El que ama a los hombres ama también su alegría. La transformación del agua en vino apunta a que el amor conyugal puede ser transformado en caridad conyugal. Esto que es un don gratuito de Dios, requiere de la colaboración de los cónyuges. Cultivar la amistad conyugal, el afecto mutuo, requiere atención, esmero, esfuerzo,...para que el cónyuge sea cada día más amado. El afecto conyugal es una pertenencia mutua de los esposos, es una presencia que me hace vivir, y que genera una intencionalidad hacia el amado que se dirige a realizar acciones que expresen el mutuo don de sí y acrecienten la comunión.

En este sentido podemos preguntarnos si tenemos prácticas celebrativas conyugales. ¿Cuáles son? y ¿cómo las cultivamos en una tradición viva y dinámica? Algunas de ellas podrán ser incluidas en las celebraciones familiares, como cumpleaños, santos, aniversarios... pero es muy conveniente tener espacios y tiempos específicamente conyugales.

4) La alegría del canto nupcial

Refiriéndose a la alegría, la única cosa que tiene comparación con la experiencia del vino es el canto. Como afirma Erik Peterson, un teólogo contemporáneo: “En el significativo hecho de que no sólo hay lenguaje, sino también canción y música se encierra el misterio del ser humano. ¿Cómo se puede pedir a un hombre que canta, hace música y baila que siga siendo lo que es? Pues ¿qué es el hombre? El canto lo hace semejante a los ángeles, el baile a los coros de los astros”. Cuando el hombre entra en contacto con Dios se despiertan ámbitos de su existencia que le incitan al canto, pero de una forma tan insuficiente que tiene que invitar al resto de la creación a convertirse en canto con él.

El canto es provocado con frecuencia por la alegría que brota en el corazón del hombre. Como corrobora la Escritura el canto nupcial es el cántico de los cánticos (Cantar de los Cantares), que es un canto inteligente porque el mismo amor es conocimiento. Es un canto que se dirige a reflejar la belleza que seduce y pretende engrandecer como expresión de la sabiduría más alta.

San Agustín se inspira en muchos salmos que contienen una expresión de júbilo. Cantar al Señor con un cántico nuevo únicamente puede hacerlo el hombre nuevo: «El hombre viejo canta cántico viejo; el nuevo, cántico nuevo. El Viejo Testamento canta cántico viejo; el Nuevo, cántico nuevo. (...) Todo el que ama las cosas terrenas, canta cántico viejo. El que quiera cantar cántico nuevo, ame las cosas eternas. El mismo amor es nuevo y eterno. (...) Todos los que se renuevan en Cristo con el fin de comenzar a pertenecer a la vida eterna, cantan el cántico nuevo» (*En. in ps. 149, 1: PL 37, 1949*).

En esta dirección podemos hacernos algunas preguntas concretas: ¿Qué cantos nos ayudan a celebrar en familia? ¿Aprendemos cantos nuevos? ¿Quién nos los enseña? ¿Cómo contribuyen a las celebraciones familiares? ¿Qué música escuchamos? ¿Y nuestros hijos, qué música les gusta? La educación musical, el gusto por la buena música y el canto no son únicamente para los que tengan buen oído y les guste. Toda vida familiar está acompañada de unas melodías que van iluminando su camino.

Para el obispo de Hipona existe además una relación entre el *cántico nuevo* y la construcción de la *casa de Dios*. Pues este canto no es otra cosa que amor, elemento que aglutina, dinamismo que edifica. De acuerdo con el pensamiento de san Agustín, el canto refleja muy bien el júbilo de la exultación, puesto que: «cantar es expresión de alegría y, si lo consideramos más atentamente, es expresión de amor» (*Sermo* 34, 1.1: PL 38, 210). El *cántico nuevo* se convierte en ocasión para exhortarnos a la vida nueva. Esta novedad de vida pasa por la conversión y la renovación personal que tiene como centro aprender a amar a Dios, al cónyuge, a los hijos, familiares, amigos, compañeros, conocidos...

San Juan Crisóstomo exhortaba en una homilía sobre la carta a los Romanos: “Haz de tu pequeña casa una Iglesia. En donde efectivamente están el salmo, la oración, los cantos de los profetas, no se equivocará quien quiera llamar a esa reunión una Iglesia” (*Homilía sobre la carta a los Romanos*, 24,3: PG 60, 626). Es el amor lo que puede transformar la casa que antes era un teatro en Iglesia. Este contraste entre el teatro y la Iglesia de este obispo de Constantinopla es sugerente. En el teatro hay actores que representan personajes, papeles. En la antigüedad se ponían máscaras. En la familia no podemos escondernos detrás de un rol o papel.

Es, por ello, que en tiempos en que la humanidad y la familia dudan de sí mismas, sea urgente promover de todos los modos posibles a las familias. Este “empoderamiento familiar”, como lo llama el sociólogo italiano Pierpaolo Donati, viene del interior, pero también del exterior.

La película danesa *El festín de Babette* (1987), ganadora de un Óscar, con su fuerte crítica al puritanismo protestante, muestra de modo muy persuasivo de qué modo la fiesta, la cena en común, genera comunión entre los comensales a través de la mediación de los alimentos exquisitamente preparados por Babette. La fiesta, como sabemos, termina con cantos y bailes en el interior y exterior de la casa, mostrando la fuerza expansiva que contiene la fiesta cuando se cuida y se aprende a celebrar con esmero.

5) Conclusión

Como hemos visto de la fuente de la caridad cristiana, brota siempre la alegría que es inseparable del don del Espíritu Santo. La alegría es un elemento esencia de la fiesta que encuentra un símbolo privilegiado en el vino y una cauce incontenible en el canto y la música.

Aprender a beber y a cantar juntos, constituyen así dos dimensiones de las celebraciones familiares que configuran tradiciones y prácticas que atraviesan, en ocasiones, varias generaciones.



6) Concretando

1. ¿Cómo fomentar la alegría cristiana en el mundo que vivimos?
2. ¿Qué prácticas conyugales os ayudan más y por qué?
3. Comenta qué papel juega el vino en tus celebraciones familiares. ¿Qué otras bebidas son típicas en las mismas y por qué?
4. ¿Qué canciones o música acompañan vuestras prácticas festivas?

7) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con las celebraciones familiares. Cada trimestre haremos una sugerencia, buscando enriquecer la tradición familiar con algún rito nuevo, más cuidado y esmero de algunos detalles.

Primer trimestre: Mejorar o implementar las celebraciones de los cumpleaños y los santos.